

» Por la inseguridad

En la Rivera Hernández **entra quien quiere y sale quien puede**

En la colonia Rivera Hernández, entra quien quiere y sale quien puede. O eso dicen. Esta frase, que tristemente forma parte ya de la filosofía popular de los sampedranos, refleja una cruda realidad que semanalmente sesga la vida de varios jóvenes desde hace ya dos décadas. El que probablemente sea uno de los sectores más inseguros de Honduras, sobrevive a duras en un clima de violencia y miedo que, por momentos, se hace irrespirable.

La Rivera Hernández, con más de 90.000 habitantes llegados desde zonas rurales y repartidas entre trece colonias, cuenta con uno de los índices de criminalidad más altos en la ciudad que ha recibido recientemente el dudoso honor de ser la más peligrosa del mundo tras Ciudad Juárez. La violencia que marca el día a día de este sector de las afueras de San Pedro Sula se hace evidente no sólo en las absurdas muertes que intentan instalarse en la cotidianidad de los rivereños, sino también en los detalles más pequeños pero no por ello más insignificantes.

La manera de manejar de los motoristas de autobús, la forma que tiene la gente de caminar por la calle, siempre mirando hacia el suelo, con miedo, la dudosa seguridad ofrecida por una policía apostada arma en ristre con mirada desafiante, el silencio absoluto de la noche a partir de las ocho roto únicamente por disparos lanzados tal vez

al aire... todo en este sector destila una violencia que casi se puede masticar.

Sin embargo, la frase que abre esta crónica también ayuda a perpetuar un prejuicio que, sin lugar a dudas, eterniza esta situación. Nadie quiere poner un pie en la Rivera, y mucho menos en alguna de sus colonias más alejadas como la 6 de Mayo o Asentamientos Humanos. Buscar un taxi que se atreva a llevar a sus clientes hasta estas zonas más allá de las ocho y media de la noche es casi imposible.

Pero, ¿por qué en la Rivera Hernández la vida vale menos que un celular? ¿Qué circunstancias llevan a una población a encerrarse en esa espiral de difícil escapatoria donde salir a la calle es para valientes? Las principales causas que se podrían analizar están la incidencia de las drogas, no sólo desde el consumo individual de personas que arruinan sus días encerradas por una adicción de la que no pueden, o no quieren, salir, sino también desde las familias del crimen organizado que, bajo el acuerdo tácito de ofrecer seguridad a la zona, campan a sus anchas por aquellas colonias a las que “defienden”.

Otra de las viejas causas, es la gran necesidad de pertenencia que sufre la juventud con ansias de autorrealizarse truncadas por la falta de recursos y oportunidades. La globalización de los medios de comunicación ofrece modelos de vida a los que los



Vivir entre cercos, muros y barrotes de hierro en ventanas y puertas es parte de las medidas de seguridad en la Col. Rivera H.

jóvenes aspiran pero que no pueden alcanzar. Quieren ser como el protagonista de la película o del comercial norteamericano, pero su realidad es bien distinta. Esto, sumado a un ambiente propicio para la delincuencia, da lugar a una falsa realización basada en la pertenencia a un grupo jerarquizado donde poder sentirse alguien al precio que sea. Definitivamente las maras han sido y siguen siendo una de las grandes causas de violencia en la Rivera Hernández.

Muchos de los rivereños son víctimas de un sistema que les oprime y les olvida

hacinados en los extremos de la realidad, un sistema que les niega los derechos básicos a la salud, la educación o la vivienda digna pero que les exige responsabilidades, que les saca todo el jugo sin ofrecerles nada a cambio. Y, aunque la violencia nunca es ni será justificable, aquí al menos se comprende.

Y ¿entonces? ¿Cerramos la Rivera? ¿No hay solución? Parece evidente que las soluciones drásticas basadas en combatir la violencia con más violencia no sirven para nada. No sirvió la política de “mano dura” de Ricardo Maduro ni

servirán los “madrugones” de Óscar Álvarez más que para alimentar más odio. Los caminos que pueden romper la espiral del miedo en la Rivera son los de la educación y la cultura, aquellos que creen en la persona por encima de su situación social y le ofrecen los recursos para que pueda prosperar por sí misma.

Afortunadamente, gente que ponga sus pasos en estos caminos también es relativamente fácil encontrarla en medio de este sector. Desde el análisis de lo urgente, lo oportuno y lo eficaz, programas como ‘Paso a Paso’ enfo-

cado a jóvenes con necesidad de soñar, ‘Madres Maestras’ o el ‘Maestro en Casa’ del IHER, entre otros, buscan cambiar esa realidad con la esperanza puesta en que es posible y necesario. Sin ningún apoyo institucional, estos programas y muchos otros se enfrentan cada día al Goliath de la violencia con la mirada de un David valiente y decidido. No se olvidan de que, en el relato, el joven pastor belenita resultó vencedor.

A pesar del prejuicio con el que inicié esta crónica, en la Rivera Hernández la gente no se rinde, tiene esperanza a prueba de velorios y locura, gente que lucha como cada año, este agosto volverá a salir a la calle a decirle “basta ya” a tanta violencia desde su ya tradicional Marcha por la defensa de la Vida. Porque la Rivera, a ojos de este recién llegado, puede ser un buen lugar para vivir. A fin de cuentas, cuánto bien tiene que haber en la Rivera Hernández para que tanto mal no la destruya.

PARA AMC: MIGUEL
ÁNGEL VÁSQUEZ



Esta es la Rivera Hernández, un lugar que parece tranquilo.



En este muro, los jóvenes que se rehabilitan pintan sus sueños de paz y esperanza.